

Arturo Sergio Visca y la Biblioteca Nacional en años de dictadura

Director en su circunstancia

Ana Inés Larre Borges¹

Departamento de Investigaciones

Biblioteca Nacional

Resumen

Arturo Sergio Visca fue un crítico importante y, sin embargo, opaco, dentro de la brillante Generación del 45 y fue el director de la Biblioteca Nacional en uno de los periodos más oscurantistas de la historia del Uruguay. De esos contrastes se ocupa este artículo que, a partir del recuerdo personal, el testimonio de otros y la indagación de archivo, busca asir las luces y sombras de un destino paradójico y acercarse a una escena cultural compleja en tiempos de dictadura.

Palabras clave: Biblioteca Nacional, dictadura, censura, generación del 45, Arturo S. Visca.

Conocí a Visca a inicios de la década del ochenta en circunstancias bastante insólitas. Preparaba mis últimos exámenes del Profesorado por lo que visitaba a diario la Biblioteca Nacional. Entonces había que entregar el documento de identidad al ingresar a la institución. Cargada de cuadernos y de mi proverbial distracción, un día, al buscar la cédula, dejé olvidada la billetera sobre la mesa que franqueaba

1. Crítica y ensayista literaria. Integra el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional y entre 2010 y 2020 dirigió la Revista de esa institución. Es investigadora del Sistema Nacional de Investigadores de la ANII. Entre 1987 y 2005 dirigió las páginas literarias del semanario *Brecha*, donde aún colabora. Prepara, junto a un grupo de investigadores asociados a la Biblioteca Nacional, la segunda entrega del proyecto *Poemas recobrados* de Idea Vilaríño.

la entrada. Lo advertí recién al fin de la jornada cuando me dispuse a pagar el café en un bar vecino. Adentro de la billetera había partido también mi magro sueldo entero. He renunciado a entender cómo se puede olvidar un sueldo y retener nítido el nombre prendido a la túnica celeste de la funcionaria que recibía los documentos. De nada sirvió esa involuntaria habilidad para propiciar el reencuentro con la billetera. La airada intercesión de un «jefe» se interpuso y yo terminé en el despacho del director. Todavía guardo una instantánea de la escena que, no podía sospechar entonces, se me volvería cotidiana en un futuro cercano: en medio de la sala enorme y en penumbras, Visca trabajaba en su escritorio a la luz de una portátil, los ojos más que miopes, pegados a la hoja. Era un hombre feo y me pareció viejísimo. Estaba en sus primeros sesenta. Sobre el robo, me dijo: «Mire aquí hay gente que no traje yo, pero no me gustaría que se viesen afectadas personas de bien que quedarían implicadas, por eso le pido que no haga una denuncia». No estaba en mi imaginación «hacer una denuncia», pero asentí y agradecí que la conversación derivase a la literatura. Hasta hoy he guardado silencio sobre aquel episodio y al escribirlo, descubro como una súbita revelación, que aquellas palabras concentran una actitud ante la vida, los rasgos psicológicos y morales de Visca, y que tal vez guardan la clave de su destino. Más allá de aquel intelectual que fue, su caso encarna muchas de las contradicciones de una historia compleja que me interesa comprender en sus muchos matices e implicancias. No solo las de él como protagonista de un momento histórico, sino las que atañen a una comunidad que compartió aquel tiempo y a nosotros que osamos historiar aquel periodo.

En ese primer encuentro conocí su cordialidad y me regaló, por primera vez, *La mirada crítica y otros ensayos* que demoré en leer. Era joven y estaba demasiado deslumbrada por la teoría literaria que hacía eclosión en aquellos años y a la que mi generación accedió en tiempo casi real en las clases de Lisa Block de Behar en el IPA y en las conferencias y ciclos que ella organizaba y promovía. Me faltaba espacio y me sobraban prejuicios para apreciar el valor más modesto y comarcal que signó el aporte de Visca a la crítica uruguaya. Recuerdo, ya cuando trabajaba en el Departamento de Investigaciones, una conversación con él y la broma casual que confirmó mis reparos. El disparo iba contra «la moda estructuralista» y las municiones las proveía Onetti. Citado por Visca, Onetti habría ironizado que «el protagonista de la narrativa no era ya el lenguaje como tanto se había

insistido, sino el punto y coma». Aunque amparado por Onetti, el comentario no me hizo gracia y me mantuvo lejos de sus trabajos críticos hasta el día en que di con la imprevista y preciosa presentación que hace de Visca Carlos Real de Azúa en su célebre *Antología del ensayo*:

La andadura vital modesta, la emoción pobrista, la proclividad a los ritos criollos del mate y la rueda de amigos, la predilección por lo apartado y suburbano, las largas y morosas meditaciones, la indiferencia por muchas cosas que a casi todos hacen andar desalados: si grupalmente es que se le enfoca, Arturo Sergio Visca resulta sobremanera expresivo de ciertas modalidades de «Asir»... (489)

Si la mirada hace al objeto, como aprendíamos entonces de la teoría y de Borges, la calidad de la prosa, la sorpresa de un adjetivo imprevisto, aun enumerando lo que yo rechazaba, a contracorriente hicieron su efecto. Me sedujo la elegancia un poco retro y aquello de «la indiferencia por cosas que a casi todos hacen andar desalados», sin reparar en que podía muy bien aplicarse a mis entusiasmos. No iba a renunciar al valor y sabor de la novelería, pero la enumeración inaugural de Real obró con la persuasión inmediata que solo alcanza el arte y me dispuso a extender un crédito a quien era, además, tan cordial y estaba tan a mano.

Un destino literario

Nieto del Dr. Pedro Visca (1840-1912), «arquetipo del gran médico», formado en París y considerado un «fundador de la medicina nacional» (Mañé Garzón 78), Visca fue fiel al mandato familiar y, antes de dedicarse a la literatura, inició estudios de medicina que abandonó pronto para seguir una vocación que le venía también desde la infancia. Nació en una familia de doce hermanos que respiraron un ambiente cultural que se continuó en sus vidas: Jorge y Rodolfo fueron discípulos de Joaquín Torres García e integraron su Taller, Luisa, una de las mujeres, se dedicó a la restauración de libros y mapas, Carlos fue historiador y docente en la Facultad de Humanidades y Pedro, médico y dueño de una gran biblioteca. Todos crecieron en un hogar «donde los libros eran tan usuales como los platos de la cocina» según recordaría Arturo Sergio que, a los 10 años ya escribía versos y a los doce alcanzó a componer «una pequeña novela» inspirado en la lectura de *Bug Jardal* de Victor Hugo. La

literatura también era un legado familiar, el padre –Arturo P. Visca– había sido un reputado cronista en el 900. Bajo el seudónimo de «Sergio Gránico» escribió en *La Razón* donde fue compañero de Vicente Salaverri, el que cubrió la muerte trágica de Delmira Agustini.

En Uruguay, el relevamiento de estos datos, tan comunes en la semblanza de cualquier literato, llega casi siempre adosado a una trama de cercanías donde contados actores se separan y reencuentran a la vuelta de la esquina. La comunidad cultural era y sigue siendo endogámica. El itinerario vital de Visca abunda por eso en ecos y coincidencias. En su madurez, siendo director del Departamento de Investigaciones Literarias, recibió el archivo de Salaverri y en él encontró una carta dirigida a Alberto Zum Felde en la que el periodista recuerda a su padre y, para su sorpresa, menciona el primer libro suyo (de Visca), unos poemas en prosa que escribió en su juventud, antes de decantar hacia la crítica y el ensayismo. Su padre le había entregado aquel librito a su compañero de redacción y pedía una opinión ya que no sabía si su hijo era «un genio o un loco».

A lo largo de su trayectoria intelectual, esa trama se multiplicó y extendió incluso hacia el futuro. Tomás de Mattos gustaba citar con autoinfligida aprobación la crítica que Visca hizo de su debut editorial, *Libros y perros* de 1975, y la resumía en una frase: «falta el libro, sobran dos perros». Así al menos lo recordaba yo, pero cuando quise verificar la cita para escribir este artículo no pude encontrarla en la reseña que salió en la entonces revista *Búsqueda*. Lo que Visca escribió fue apenas más benigno: «menos perros hubieran favorecido a este cuento».² No es extraño que De Mattos haya cedido a la tentación de «mejorar» la frase de Visca para deleitar a su auditorio, eso vendría a confirmar su condición de narrador de raza que, a pesar de esos reparos, proclamaba la reseña. Menos natural resulta que nadie haya señalado que esa recepción primera revelaba el contacto, todavía asimétrico, entre quienes iban a ocupar en un futuro cercano la dirección de la Biblioteca Nacional.

Atípico en su generación

Como señaló Real de Azúa, Visca fue un acabado representante del grupo Asir, tanto por su proclividad hacia lo nacional y a

2. Visca, Arturo S.: «Dos mundos diferentes», el título sirve para amparar tanto la reseña de *Libros y perros* y la de *Los viejísimos cielos* de Enrique Estrázulas. *Búsqueda*, n.º 47 mayo, Montevideo, 1976, pp. 66-67.

la tradición criollista como por temperamento. Nacido el mismo año que Carlos Martínez Moreno y Mario Arregui y uno después que Real de Azúa, publicó sus tempranos cuentos en *Marcha*, estuvo vinculado desde su fundación en la década del cuarenta a Teatro del pueblo en los albores del movimiento independiente y fue un protagonista relevante del grupo Asir. También sus intereses y preocupaciones son los de aquella generación «llamada del 45» como la nombraba él. Se ocupó, como otros críticos del medio siglo, en el estudio fervoroso del 900 uruguayo, atendiendo a sus figuras centrales –Quiroga, Delmira, Sánchez– y a zonas poco frecuentadas, como los poetas modernistas menores; cumplió su cuota de revisionismo en un escrutinio desapasionado pero implacable al poner a prueba valores consagrados de la historia literaria, sin dejar de evaluar a sus contemporáneos. A pesar de todas esas acciones, su figura intelectual se liga más naturalmente con la generación anterior. Omitió el parricidio y un aire de otro tiempo lo emparenta a figuras como las de Zum Felde y Paco Espínola de quienes fue discípulo confeso. Es solo después de repasar su trayectoria que razonadamente se le reconoce como una figura del 45.

Visca valoró a Zum Felde en diversos formatos y ocasiones entre las que destaca la imperdible entrevista sobre los recuerdos novecentistas de quien había sido Aurelio del Hebrón en La torre y secretario de Roberto de las Carreras en el Café Moka (Visca, 1969). Escribió la ficha de Zum Felde para el *Diccionario de Literatura uruguaya*, donde describe y destaca el método que él también habría de adoptar como crítico: «encarar el fenómeno intelectual desde una triple perspectiva: sociológica, psicológica y estética» (332) y le rindió homenaje póstumo al organizar una exposición en 1980, cuando él ya ocupaba la dirección de la Biblioteca Nacional, cargo en el que Zum Felde lo había precedido. Fue un gesto de rehabilitación importante frente a una muerte que cuatro años antes había pasado casi desapercibida, pero su mayor homenaje fue sin dudas hacer de Zum Felde su modelo y guía, emular su ejemplo y seguir el camino trazado por el otro en sus etapas maduras y reposadas. Visca no conoció las aristas arrojadas que tuvo Zum Felde en su juventud rebelde y antiburguesa como cuando irrumpió desafiante en el entierro de Julio Herrera y Reissig y, si las tuvo –aunque Real de Azúa lo llama «aprendiz de revolucionario» y Penco invoca un pasado troskista, e incluso

una correspondencia con Trotski³—, no cuajaron en actos. Tampoco parece haber alcanzado las complejidades de conciencia que revela la conversión tardía de Zum Felde al catolicismo y que testimonian libros como *Cristo y nosotros* (1959) y *Cristo y Marx* (1971). Sin embargo, repitió la trayectoria profesional y laboral de su maestro. Ajeno al ejercicio de la docencia y lejos de la academia universitaria que primó en las trayectorias de sus pares, él reiteró el modelo de una generación anterior y no aspiró a trascender fronteras. Un intenso pasaje por el periodismo cultural en diarios de gran tirada, que Zum Felde había ejercido en *El Día* y *Visca*, fundamentalmente, en *El País*, la conducción de revistas literarias generacionales, uno en *La pluma*, el otro en *Asir*, el trabajo en la Biblioteca Nacional en la que ambos ocuparon otras responsabilidades antes de acceder a la Dirección y en la Academia Nacional de Letras de la que Zum Felde fue fundador y *Visca* presidente.

La peculiar manera que tuvo *Visca* de encarnar a su generación no dependió solo de los trayectos elegidos, sino de la forma en que los transitó. Si bien compartió con los otros críticos de su generación una muy larga trayectoria en lo que él, a propósito de Zum Felde llamó «crítica militante», a pesar de no haber sido nunca complaciente en sus juicios, fue poco proclive a las polémicas que marcaron el tono del ingreso de su generación al campo literario y cimentaron la fama de los más protagónicos. En sus ensayos tendió a evitar los aparatos críticos y a desconfiar de las grandes teorías. Distante del sociologismo de Rama, de la tendencia psicologista de Monegal, de la erudición arborescente de Real de Azúa, *Visca* aparece como un pragmático. Ese pragmatismo lo puso a salvo de errores, pero hizo menos sugestiva su lectura. Sobre ese pragmatismo fundó su independencia frente a prejuicios consensuados. *Visca* parece ser algo que no abunda: un crítico carente de narcisismo. En la página —salvo asunciones explícitas— tiende a desaparecer. No se interpone entre el lector y la obra. Ejerce la invisibilidad como un gesto de cortesía hacia los lectores —que Borges proclamó y no ejerció— pero nunca evita marcar posición. Un par de ejemplos: para el caso de Delmira Agustini, fue él quien rompió con la extendida interpretación trascendente y simbólica de su poesía amorosa. Dijo con claridad que

3. Entrevista con Wilfredo Penco realizada el 26 de octubre de 2020. Todas las citas de Penco provienen de esa extensa conversación. Esta y la mayoría de las entrevistas realizadas fueron realizadas telefónicamente en razón de las condiciones impuestas por la pandemia.

sus versos solo expresaban «una intensa embriaguez erótico vital» y advirtió que «verla de otro modo es traicionarla». Sostuvo que Delmira era muy consciente de lo que escribía y, en referencia tácita pero inequívoca a una célebre frase de Vaz Ferreira, afirmó que había que destruir «el mito de la niña ingenua que sin conciencia de lo que hacía dio algunos de los más intensos poemas eróticos de la lengua española» (Visca, 1979 111-142). No lo hizo con el impulso vindicativo con que lo haría más tarde Uruguay Cortazzo que siguió sus pasos, sino con la llaneza de quien constata un fenómeno natural. Con igual calma operó su revisión de valores consagrados. Distante de la inhibición a incursionar en temas de valor que domina a la crítica académica, Visca procedió al «desbroce de lo percedero y lo vigente» según formulara Real de Azúa, sin que se le note un alarde justiciero. Así procede frente a *Los muertos* de Florencio Sánchez en un breve «Apunte sobre Florencio» que integró a *Un hombre y su mundo*. A la vista del lector, apunta la recepción entusiasta de los contemporáneos del dramaturgo, constata la perdurabilidad de su reputación, confiesa que también él creyó una vez en su valor, pero somete a la pieza y a su antiguo entusiasmo a una relectura y argumenta su condena de modo lapidario: «releída esta pieza de Sánchez hace sentir demasiado ostensiblemente su esquelética contextura, su descarnada carencia de genuinos valores estéticos». Pasados cinco lustros, va a retomar y ampliar su revisión en ocasión del centenario de Sánchez. No lo detiene la posibilidad de arruinar la celebración, pero tampoco exhibe el mórbido placer que otros hallan en destornar un mito. No hay huellas de revancha tampoco en referencia a los críticos precedentes. En cambio, hace explícita su comprensión: «Y no se trata de acusar de ceguera crítica a esos comentaristas iniciales. La suya, fue la perspectiva crítica impuesta por la época» (1978 74). Esa actitud desprovista de protagonismo y tolerante, aunque sin renunciar a la contundencia es rara y es simpática.

Visca ejerce la crítica con una imparcialidad pasmosa que hace que sus artículos y ensayos puedan ser revisitados con provecho y así lo han sido, aunque sin darle siempre el reconocimiento correspondiente. Es verdad que hay mella por el tiempo transcurrido: seguramente por un afán excesivamente explicativo, recurrente en categorizaciones y demasiado aristotélico en su ambición por ordenar periodos y establecer etapas, que no evita el tedio. Tanta explicación afecta un estilo que cuando libre de didactismos, conoce momentos inspirados. En una época que entronizó a los críticos, su ejercicio

intelectual tuvo una actitud parecida a la que en minoría reclamó George Steiner –restituir la crítica al servicio de la literatura– y eso le permitió alcanzar ocasionalmente y de modo involuntario la proeza de prever tendencias. Así, en el citado caso de Florencio Sánchez, su reclamo por una actualización de esa dramaturgia que debería hacerse incluyendo «desde luego, a los directores y actores teatrales» vino a cumplirse en la escena rioplatense de un modo que seguramente él no pudo imaginar. La reciente recuperación de Sánchez en el teatro de las dos orillas del Plata, a través de una reescritura libre e irreverente de sus obras actualizó su recepción desde la escena misma y rehizo su vigencia.

Visca fue largamente un reseñista, alentado a persistir en esa tarea por una situación económica siempre frágil, y eso lo mantuvo bastante más actualizado de lo que cabría esperar de sus inclinaciones y su temperamento. Es lo que se observa al recorrer las reseñas hechas semanalmente para *El País de los domingos*, donde junto a Clara Silva enfrentaron durante años la heterodoxa producción librera que llegaba a las redacciones. Libros nacionales, naturalmente, pero también títulos de catálogos prestigiosos como los de Alianza y Siglo XXI. Entre esa variedad, el crítico no interpuso cedazos ideológicos, cumplía con los autores nacionales y atendía incluso a algún *bestseller* de época. Entre tantas reseñas de varia condición, llama la atención la que dedicó a *El placer del texto* de Roland Barthes, en su primera



La Biblioteca era su casa. Arturo S. Visca se quedaba trabajando hasta altas horas en su despacho.

edición en español por Siglo XXI. Bajo el título ya un poco sardónico de «El corte Francés», Visca empleó en su reseña un arsenal de ironías poco habitual: «Quien pretenda estar al día en lo que a modas intelectuales se refiere, debe, necesariamente, leer muchas cosas que, sin ese afán, serían perfectamente evitables. Una de esas impuestas lecturas es la de la obra crítica de Roland Barthes, ese lingüista extraviado en la literatura, según opinión de Guillermo de Torre, que, desde su *Le degré zéro de l'écriture* (1953), se ha convertido en uno de los puntales de la moderna sastrería intelectual francesa». Remata el artículo con un reclamo: «en una época tan necesitada de claridad y precisión, ¿por qué esta voluntad de oscuridad y confusión?». Encuentro el recorte guardado en su archivo y me absuelvo; los prejuicios que levantó el chiste onettiano del punto y coma habían sido interpretados correctamente. Por aquel tiempo Idea Vilariño escribe como al pasar en una carta a Bud Flakoll, esposo de su amiga la poeta salvadoreña Claribel Alegría: «decile a Claribel que *El Grado cero de la escritura* es de Barthes, y apasionante»⁴. Es aconsejable juzgar a cada quien por sus méritos mejores: a Visca, tal vez, por las antologías, un modo a la vez soberbio y servicial de ejercer la crítica literaria.

En los años sesenta la Universidad de la República publicó con el mismo diseño de carátula en la colección Letras Nacionales, la reunión ambiciosa de la producción literaria nacional «contemporánea» y confió su realización a figuras de la ya por entonces hegemónica generación del 45. Real de Azúa fue el responsable del ensayo, Domingo Bordoli de la poesía, y Arturo Sergio Visca del cuento. En su primera edición, la *Antología del cuento uruguayo contemporáneo* reunió, con un criterio abarcativo y plural, a 23 autores, en un periodo que va de 1915 a 1945 y que suma 500 páginas. El resultado fue un volumen de indudable interés que se probó en futuras reediciones. La tarea exigía amplísimas lecturas de la literatura nacional y Visca había hecho ese acopio, pero es probable que parte de su perdurable seducción resida en la íntima relación del antólogo con esa materia narrativa, especialmente en su vertiente criollista, y con muchos de sus hacedores. Desde que por razones de extensión hubo que sacrificar el prólogo, esa intimidad se manifiesta en las fichas de los autores, en rigor verdaderos estudios concentrados y escritos con



4. Carta fechada el 13 de febrero de 1970. Original mecanografiado en papel membretado de la revista *Número*. Colección Idea Vilariño, Archivo Biblioteca Nacional.

felicidad y soltura narrativa. Hay también una saludable libertad en la selección de los relatos. Visca ejerce su criterio y no se obliga a equilibrios pre-establecidos. Varía el número de piezas y las páginas que otorga a cada autor sin arbitrariedad. Esas virtudes propiciaron la reedición del libro en dos ocasiones. En 1976, la tercera y última, fue reeditado por la editorial Banda Oriental, pero con una notable ausencia: no se incluyó a Mario Benedetti, ya entonces en obligado exilio y «requerido» por las Fuerzas Conjuntas por su participación en el Movimiento 26 de Marzo, que era la expresión política de la guerrilla tupamara. La lamentable autocensura ha quedado como una mácula a aquel empeño. Wilfredo Penco recuerda haberlo conversado con Visca quien adujo que fue una decisión de la editorial que, en medio de la censura imperante, buscaba una posibilidad de edición y supervivencia.⁵

Visca dedicó su *Antología del cuento* a la memoria de tres muertos queridos: su padre, su hermano Carlos, muerto precozmente, y Líber Falco. Heber Raviolo, hombre de *Asir* y último editor de esa antología en Banda Oriental, señaló una vez, que la aspiración secreta de un editor está en descubrir un talento literario. Es una aspiración compartida por el crítico y un parámetro por el que es habitual y justo que se le juzgue. Visca pudo cumplir esa ambición con Líber Falco y reivindicaba con orgullo su papel en la consagración del poeta. Al comentar *Un hombre y su mundo*, en un artículo donde abundan los cuestionamientos, Mario Benedetti le reconoce el mérito y destaca su ensayo sobre Falco donde «la afectuosa aproximación del crítico, a quien fuera la máxima voz poética del grupo *Asir* y a la vez uno de los poetas más personales y conmovedores de nuestra lírica, no perjudica en absoluto al examen literario. Visca desentraña y explica con inteligencia y sensibilidad algunos de los poemas más incanjeables y representativos del autor de *Tiempo y tiempo*» (242).

5. Benedetti fue el único autor excluido, Onetti que, desde el episodio del concurso Marra y la consecuente clausura de *Marcha* estaba proscrito y exiliado en España, quedó en la antología junto a otros autores de filiación comunista o que ya estaban exiliados. La historia de la censura tuvo esas arbitrariedades y contradicciones en el Uruguay, aunque parece lógico que la notoriedad de Benedetti y sus definiciones políticas lo señalaran como el que ofrecería un mayor riesgo. La decisión de autocensura fue discutida porque es esencialmente polémica.

La biblioteca era su casa

Esta revisión de la trayectoria crítica de Arturo S. Visca, aún parcial, es creo pertinente a la hora de evaluar su gestión en la Biblioteca Nacional. Su perfil intelectual está íntimamente ligado al modo en que se desempeñó como director. Visca encarnó al director literato y su administración lleva esa marca. No un escritor en el sentido clásico, sino un autor y crítico involucrado con la tradición literaria nacional, historiador de la misma y ligado a las institucionalidades de la literatura: la Academia, la Biblioteca, la experiencia constante de jurado en concursos literarios, la crítica cotidiana en la prensa,⁶ el ensayista y el antólogo.

En décadas recientes se actualizó una polémica acerca de la función de las bibliotecas que tenía un lejano antecedente en el Río de la Plata. En el siglo XIX Sarmiento defendió, en acuerdo con su teoría civilizatoria, la idea de que las bibliotecas debían educar y democratizar el saber, frente a él Vicente de Quesada, bibliófilo y director de la Biblioteca de Buenos Aires entre 1870 y 1877, priorizaba la preservación del patrimonio y reservaba el acceso a sabios e investigadores. En la Argentina de la postdictadura se reiteró un debate público sobre la disyuntiva entre la conservación del patrimonio y la democratización del conocimiento. La polémica se dio en la prensa con participación de varios intelectuales y la beligerancia acostumbrada en la orilla occidental del Plata. El viejo dilema tuvo como antagonistas destacados a Horacio González, director de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno entre 2005 y 2015 y a Horacio Tarcus que fue subdirector de la misma en 2006 y luego fundó, a partir de su propio archivo y biblioteca, el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI). En ambos casos, la gestión que los dos tocayos llevaron adelante en estas instituciones señalan caminos menos excluyentes que los asumidos en la discusión. El rescate patrimonial y su preservación creció en ambas instituciones junto a políticas de difusión y a la democratización del acceso a las fuentes.⁷ El resultado no implica que la reflexión



6. Colaboró entre otros en *El Ciudadano*, *Entregas de La Licorne*, *Asir*, *Marcha*, *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, revista *Búsqueda*, *La Mañana*, *Semanario Hebreo* y, fundamentalmente con el diario *El País*. En la Colección Visca de la Biblioteca Nacional se conservan gran parte sino todas sus contribuciones periodísticas.

7. Referencias a estos dilemas y discusiones en «La biblioteca sin fronteras» de mi autoría, en «La Biblioteca», *Revista de la Biblioteca Nacional*, Montevideo, n.º 11-12, 2016, pp. 16 y

pública de esos asuntos haya sido en vano, muchas veces la toma de posición obliga no solo a cumplir con lo propuesto sino a demostrar que las acusaciones recibidas eran injustas.

En el Uruguay, las discusiones suelen ser más asordinadas. Exigen de una intermediación que las descubra, y eso suele darse retrospectivamente. A partir de la histórica lucha de la Biblioteca Nacional por un edificio propio, Inés de Torres reveló la competencia por el presupuesto, también histórica, entre patrimonio cultural y educación y cómo en el proceso de institucionalización del país se privilegió sostenidamente a la educación. Es posible que, al historiar la Biblioteca Nacional, se iluminen los disensos y discusiones que subyacen a las inversiones, prioridades o enfrentamientos personales y se expliquen las renunciaciones, intervenciones y ceses que jalonaron ese devenir. Entre las más recientes discusiones autóctonas, ha estado la de quién debería dirigir la Biblioteca Nacional: escritor, bibliotecólogo o gestor han sido algunas de las opciones en disputa.

Visca encarnó, como dijimos, la figura del literato y tuvo costumbres aledañas a esa identidad. «La biblioteca era su casa» declara Mireya Callejas que pasó a ser encargada del Archivo cuando él asumió la dirección, «creo que no tenía biblioteca en su casa, fue entre los directores el que más libros solicitaba para su uso». «Llegaba al mediodía –precisa Alicia Casas de Barrán– yo compartía un ritual que consistía en compartir un café y leer y comentar las noticias del diario, él iba a almorzar a su casa y luego sí se quedaba hasta altas horas de la noche en su despacho escribiendo».⁸

Al igual que Zum Felde, Visca ya trabajaba en la biblioteca cuando lo nombran director. En su caso pasó de dirigir el Departamento de Investigaciones a asumir la Dirección General. Su predecesor Adolfo Silva Delgado dejó el puesto y él asumió en lo que se parece más a un ascenso o a una sucesión. Sin embargo, las circunstancias en que asumió, en uno de los años de mayor represión y consolidación de la dictadura, hicieron de su nombramiento un hecho accidentado y polémico.

ss. Ver también una alusión más reciente en entrevista de Mateo Magnone a Horacio Tarcus publicada en el semanario *Brecha*. Al comienzo, sin dar su nombre, Tarcus señala otra divergencia que tuvo con Horacio González que comprende temas análogos: la negativa del entonces director a poner en acceso digital las revistas editadas por la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. «Itinerarios encrucijadas» (Entrevista), Montevideo, *Brecha*, 4 de diciembre de 2020.

8. Entrevista realizada el 5 de octubre de 2020.

El nombramiento

Un breve *curriculum vitae* en su archivo establece que Arturo S. Visca fue director de la Biblioteca Nacional «entre 19 de marzo de 1977 y el 19 de marzo de 1985», ocho exactos años según confirman los documentos administrativos de su nombramiento y cese. La simetría de las fechas se explica porque el cargo de director es un cargo de confianza, que designa el presidente de la República al inicio del año lectivo. Si el cese, como se verá, coincide con el primer gobierno democrático después de doce años de régimen de facto, el nombramiento ocurrió cuatro años después del golpe de estado de 1973.

El 26 de junio de 1973, víspera del golpe de Estado, la muerte de Francisco Espínola, figura tutelar en la vida de Visca, pasó a convertirse en símbolo del fin de una era de convivencia democrática y respeto entre adversarios y su velorio fue, según recordó Carlos Martínez Moreno, la improvisada ágora donde se intercambiaron noticias y se discutió con pasión el destino del país. Visca dirigía desde 1973 el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca y dedicó el número de la Revista de 1974 en homenaje a Espínola. Cuando tan solo tres años después murió Zum Felde, su otro gran maestro, la noticia pasó desapercibida. El mismo mes de mayo de 1976 en que falleció el gran crítico, fueron asesinados en Buenos Aires los senadores Zelmar Michellini y Héctor Gutiérrez Ruiz y, en junio, la maestra Elena Quinteros fue secuestrada por fuerzas del ejército de los jardines de la Embajada de Venezuela adonde había intentado refugiarse. Fue, como se supo después, torturada y asesinada en un cuartel y su caso provocó la ruptura de relaciones con Venezuela y un escándalo diplomático. La censura a la prensa ya había actuado y no había voces opositoras que tuviesen un órgano de expresión, entonces se decretó la disolución del teatro El Galpón, nacido de aquel Teatro del Pueblo del que Visca había sido uno de los fundadores, acabó con el exilio del grupo teatral y la expropiación de la sala. Cantidad de intelectuales marcharon al exilio y escritores y músicos fueron proscritos. Centenares de docentes y universitarios fueron destituidos, entre otros, Heber Raviolo, su editor en Banda Oriental. Carlos Real de Azúa fue apartado de sus clases en la Universidad y en el Instituto de Profesores Artigas, justo cuando iba a ser profesor de mi generación en el curso de Estética que él había

creado. Murió un año después, en 1977, el año que Visca asumió como director de la Biblioteca Nacional.

Además de dirigir el Departamento de Investigaciones, Visca era entonces presidente de la Academia Nacional de Letras adonde había entrado como académico de número en 1969. Tenía un *curriculum* que podía respaldar su designación y es posible que personalmente lo sintiese como una coronación a su carrera de literato. La ironía un poco trágica de su vida fue que lo que debió ser la culminación de una trayectoria, –también recibió en 1980 el Premio Nacional de Literatura–, quedó degradado porque fue alcanzado en tiempos de represión y de censura. Si Visca era el hombre indicado, lo fue en un momento equivocado: fue el director de la dictadura. Escribo este artículo para indagar en el sentido de esa frase, quiero por eso colocarla no como una conclusión, sino como punto de partida. Hay una distancia que favorece este propósito: Visca ya no está entre los vivos, pero todavía están sus contemporáneos. Se puede consultar las huellas de aquel pasado en los documentos y recuperarlas en diálogo con la memoria. ¿Cómo evaluar el nombramiento de Visca como director de la Biblioteca Nacional? ¿Cómo se juzgó entonces? ¿Cómo vivió él aquella instancia?

Como ya sabrá, desde el 23 de marzo soy Director General de la Biblioteca Nacional, y lo soy, y también puede crearme, no porque tal haya sido mi voluntad sino porque he estimado que –por más de un motivo que no es ésta la ocasión de exponer– era una obligación moral aceptar. Sobre esto no puedo explayarme por carta. Ni tampoco sobre el accidentado –y muy penoso y casi inconcebible– proceso previo a la designación. (Col. A.S.V. Correspondencia).

Lo anterior es parte de una carta de Visca a Hortensia Campanella que había sido becaria en el Departamento de Investigaciones y se había exiliado en España desde donde se carteaba con su antiguo jefe. En siguiente carta, Visca agrega que aceptó un cargo que no pidió, sabiendo que se exponía «a que se prestase a interpretaciones erróneas». (Carta del 2.7.1977).

¿Cómo fue entonces ese nombramiento no buscado? ¿Cuáles pudieron ser los accidentes inconcebibles que precedieron a la designación? ¿Cómo fue recibido? En principio, la dictadura no parece haber manifestado grandes urgencias por intervenir en la Biblioteca Nacional. Adolfo Silva Delgado que era director antes del golpe siguió en funciones y no fue destituido sino que dejó su cargo de

director por otro destino: el de embajador de Uruguay en Korea. Según testimonio de Wilfredo Penco, otro de los entonces jóvenes que se vinculó al Departamento de Investigaciones en esos años, «quien promovió, apoyó y logró imponer la candidatura de Visca fue el entonces Ministro de Educación y Cultura, el Dr. Daniel Darracq, que especulo podía valorar la conveniencia de tener a alguien de su trayectoria en la biblioteca; hay que recordar que Visca ya era entonces el presidente de la Academia Nacional de Letras». Recuerda también que fue un trámite demorado y trabajoso, ya que hubo resistencias y que el propio Visca le confió que alguien sacó a relucir su pasado en la izquierda y sus publicaciones en *Marcha*. «Esa era su mácula. Ahí me enteré que se había carteadado con Trotski», dice Penco. El archivo del escritor revela algo más: a Visca le fue negado el Certificado de Fe Democrática, nombre ridículo para un documento que resultaba imperativo para acceder a cualquier cargo público, e incluso para preservar el que se tenía. Visca había presenciado en la Biblioteca Nacional el mismo año en que se tramitaba su nombramiento cómo a Lilian Gonella de Chouy Terra, una funcionaria de larga carrera y cercana a la jubilación, se le había iniciado un sumario por no poder acceder a ese certificado y por lo que acabó siendo destituida en 1978.⁹

Visca debió saber que, sin el certificado de fe democrática, jamás sería nombrado director. En su archivo personal guardó copia de la carta que dirigió al entonces Ministro del Interior, General Hugo Linares Brum, en la que solicita se revierta la decisión: «Como he tenido siempre una clara y firme conducta democrática, solicito se reveen mis antecedentes por considerar que debe existir error en la denegatoria comunicada». Reitera su adhesión «al régimen Democrático Republicano, bien notoria a través de los cargos que



9. Según documentación guardada en el Archivo Administrativo de la Biblioteca Nacional, a Lil Gonella se la destituyó «por falta de aptitud para la función pública» según ley 14.248 «sin pérdida de los derechos jubilatorios». Cesó el 14 de marzo de 1978. (Documento A.g. n. 015621, Of. No 63/985 de fecha 12 de marzo de 1985). El citado documento es un informe de los funcionarios destituidos o cesados por la dictadura, solo figura Gonella por la ley 14.248, hay luego otros tres funcionarios que por solicitud del «Interventor en áreas Administrativa y contable» fueron puestos en disponibilidad. El documento hecho en 1985 a pedido del Director General del MEC está firmado por Visca y adjunta copia de las resoluciones. Al final Visca agrega que «no existe documentación que acredite haberse dispuesto iguales medidas a otros funcionarios de la Biblioteca». En comparación con otros organismos del Estado parece un porcentaje menor, aunque debe tenerse en cuenta que hubo varias renunciaciones voluntarias debido al clima instalado durante la intervención.

desempeño, y de mi larga actividad de escritor [...] reconocida como una nítida afirmación de los valores de la nacionalidad». En el contexto de la carta, la invocación a los valores nacionales se contagia de ideología retrógrada, aunque en su caso esa adhesión fuese sincera. La ficha que le dedica el *Diccionario de Literatura uruguaya* valora su tarea de crítico por el «esfuerzo ímprobo por edificar una tradición cultural auténticamente nacional» (310). Visca adjuntó a su carta un memorándum en el que ofrece «elementos de juicio» para probar sus declaraciones.

Confieso que hubiese preferido no encontrar esta carta, aun cuando, salvo un primer ítem en el que dice no haber sido «ni afiliado ni simpatizante de ningún movimiento político ni intelectual de izquierda», lo que sigue es un *curriculum* honesto y sobrio con la salvedad de que intenta –casi infantilmente y de un modo bastante aleatorio– vincular cada uno de sus méritos con el nombre de algún militar. Así, cuando su cévê dice que integró una Comisión Asesora de Filatelia en la Dirección Nacional de Correos, deja constancia que el coronel Arancibio Amado era el director de Correos, al registrar la publicación de uno de sus libros en la Colección del Sesquicentenario indica que el general Esteban Cristi era quien presidía esa comisión y lo mismo cuando actuó como jurado en un concurso, menciona que quien presidía la Comisión de Actos Conmemorativos de los 250 años de la capital era el Gral. Julio César Rapela. De esa manera indirecta y obvia –generales y coroneles presidiendo comisiones era entonces la regla y no la excepción– ingresan a su *curriculum vitae* los militares y algunos nombres de siniestra fama. Para que avalen su actuación pública y den fe de su conducta democrática, Visca señala a dos personas: Carlos Eugenio Scheck, Administrador del diario *El País* donde él colaboraba y, aquí la sorpresa, al Coronel Jorge Eduardo Marfetán. Marfetán había sido Interventor del Palacio Taranco, donde compartió la histórica locación con Visca, ya que allí funcionaba la Academia Nacional de Letras de la que este era presidente. El Coronel Marfetán fue el Interventor asignado a la Biblioteca Nacional. «Visca entró de director con el Cnel. Marfetán. Juntos.», nos confiaba la bibliotecóloga Mabel Batto, que ocupó la Subdirección durante el periodo.¹⁰ El que aparezca invocado como posible aval de su inocencia ideológica induce a una pregunta difícil

10. Entrevista realizada el 20 de octubre de 2020. Todas las citas corresponden a esa conversación.

de responder, ¿estaba ya prevista la doble designación? ¿Fue una condición negociada la de incluir un control castrense para que se aceptase su candidatura? Según todos los testimonios la presencia de Marfetán cambió el clima familiar de la biblioteca, su pasaje por la institución terminó abruptamente y director e interventor no salieron juntos como habían entrado.

La biblioteca en tiempos de dictadura

¿Cómo evaluar la administración de Visca y valorarlo como director de la Biblioteca Nacional? Escapa al enfoque de este artículo la ambición de estudiar ese periodo en los términos habituales y de acuerdo a parámetros tales como el incremento patrimonial, la mejora de su preservación, la calidad del almacenamiento de las colecciones, la actualización de los procesos técnicos de catalogación, el funcionamiento de la institución y su eficacia para asegurar el acceso democrático a sus tesoros y para implementar políticas de difusión. Aun sin entrar en esa evaluación, corresponde señalar que en los ocho años que duró su mandato hubo innovaciones importantes: se crearon tres salas especializadas: la Sala Uruguay, dedicada exclusivamente al patrimonio bibliográfico nacional, la Sala de lectura infantil a cargo de Ana María Bavosi que está en el recuerdo de muchos lectores y escritores entonces niños y la Sala estudiantil de «estante abierto». Las dos últimas fueron clausuradas en el primer gobierno democrático. De un modo silencioso la polémica sarmientina se reeditó en estas disposiciones. En un reportaje de 1982, Visca hacía hincapié en que la misión de la Biblioteca Nacional es «reunir todo el acervo bibliográfico uruguayo, ampliarlo y mantenerlo» y que esa especificidad «es lo que la diferencia de una biblioteca pública», pero a la vez declaraba que el 50 por ciento de los 200 mil lectores que habían asistido a la Biblioteca Nacional en 1981, eran estudiantes y que seguramente recurrían a la biblioteca como consecuencia de la crisis económica y lo caros que estaban los libros de texto.¹¹ En 1990, siendo director Rafael Gomensoro, se revirtió la orden de no prestar libros a liceales, a los que entonces se los derivaba a la cercana biblioteca de Enseñanza Secundaria.



11. Veiroj, Alicia: «Cómo leemos!» Entrevista con el Director de la Biblioteca Nacional, *El País de los domingos*, Montevideo, abril 1982. Colección Visca, BNU, Impresos.



Un destino literario, el joven Visca.

Mabel Batto, que entró a la biblioteca en 1962 con la primera generación de bibliotecólogas, señala como otro avance la creación del cargo de subdirectora por primera vez reservado a quien tuviese el título de bibliotecólogo. Ella concursó en 1979, sucediendo a Albana Larrinaga de Olave que era maestra. Mabel reivindica haber inaugurado la primera subdirección «técnica» y lamenta que el cargo no haya subsistido en el organigrama, aunque a ella la sucediese una bibliotecóloga, Graciela Garyulo, en la siguiente administración. «La Biblioteca no defendió la carrera», concluye.

Libros escondidos: censura y salvaguarda

Anoto estos datos y estos testimonios porque importan para medir la evolución de una Biblioteca Nacional, pero al historiar tiempos oscuros, y estos fueron años de la más dura represión y de la más inexistente libertad de expresión en nuestra historia,¹² hay una pregunta previa: En tiempos en que se requisan libros, se proscriben

12. Ver una completa cronología en *Tiempos de dictadura Hechos, voces, documentos. La represión y la resistencia día a día* de Virginia Martínez, referido en la bibliografía.

autores, se controla y asedia a las editoriales, ¿qué sucedió en la Biblioteca Nacional? ¿qué en el que es simbólica y materialmente *el lugar* de los libros?

La historia de las bibliotecas va de la mano de la historia de la destrucción de los libros. En paralelo a la creación de catálogos, se armaron los *index* de libros prohibidos. A la sacralización del libro en nuestra cultura se corresponde su profanación. La destrucción de las bibliotecas no ha sido una excepción sino una constante en la historia de la humanidad. Roger Chartier, que supo definir al libro por su doble condición material y espiritual, ha recordado que arder es un atributo del libro y que quien los destruye busca aniquilar las ideas de su enemigo. A 35 años de terminada la dictadura, la escritura de este artículo me ha llevado a descubrir que en la Biblioteca Nacional también se jugó esa instancia dialéctica que involucra la preservación de los libros y su persecución, la intención de silenciar lo que los libros dicen y las tretas para escapar a esa censura. Dos testimonios de cuya legitimidad no dudo, revelan acciones que se cruzan en sentido opuesto, pero que, de un modo insólito, guardan semejanza.

«En la biblioteca no se quemó ningún libro» declara con tranquila seguridad Mabel Batto, subdirectora de la Biblioteca Nacional entre 1978 y 2010. Y aclara: «los libros permanecieron en los estantes, lo único que se retiró fueron las fichas. Y fueron solo las fichas de un único autor: Carlos Marx». Según su testimonio, que corroboró con la bibliotecóloga Elsa Queirolo, directora entonces de la División técnica, el retiro de fichas tuvo lugar en el tiempo de la intervención del Cnel. Marfetán y fue hecho por personal de catalogación; no recuerdan quién dio la orden. Esa operación de censura habría sido discreta y selectiva hasta el absurdo. Declara Batto que «solo se retiraron las fichas de la sección de autor, pero no la réplica de las mismas que se consultan por «Títulos» y «Temas» en los ficheros, ni las de los respaldos internos. Le pregunto a la exsubdirectora si de algún modo evitaron informar que esos otros registros existían: «Claro, nosotras defendíamos la Biblioteca. Nos tocó estar ahí, pero si preguntaban «A» respondíamos por «A», lo demás lo callábamos. Nadie nos agradeció por eso, pero defendimos como pudimos el acervo de la biblioteca. Con esas fichas de Marx se hizo un paquete que se guardó en la División técnica y, cuando pasó la intervención, se devolvieron a su lugar. Visca que conocía bien su valor defendió a la biblioteca siempre. Sé que le critican que haya aceptado el cargo,

pero creo que fue positivo que fuese él el director en aquellos años difíciles». Esta historia permaneció silenciada; la descubrí casualmente cuando quise confirmar la otra historia que va en sentido inverso y suma al secreto, un sabor clandestino.

La profesora Alicia Fernández entró a la Biblioteca Nacional como becaria en noviembre de 1978, un tiempo después, en una fecha que no puede precisar del invierno de 1979, recibió pasada la medianoche una llamada del director. «Visca llamó personalmente a mi casa y me pidió si podía ir en ese momento a la biblioteca, aunque no me explicó para qué». ¹³ Otros cinco funcionarios habían sido convocados y los seis entraron según lo indicado por la puerta «de atrás» en la calle Guayabo. Al igual que en la otra historia, se les pidió que retirasen de los ficheros de consulta pública las fichas de «todo lo que pudiese ser considerado material subversivo o revolucionario». El sentido de esa expedición nocturna era prevenir una posible purga, ocultar las fichas para preservar los libros. Expurgaron los ficheros de madera del hall central hasta el amanecer y, a medida que lo hacían, iban guardando las fichas en unas bolsas. Al terminar —continúa Alicia Fernández— «nos juramentamos guardar silencio» y por eso no da los nombres de los que participaron. Admite que «Visca estaba presente». Después, alguno de los participantes le dijo que «guardaron las bolsas llenas de fichas en los ductos de la calefacción». No sabe cuándo o cómo fueron devueltas.

A pesar del oscurantismo que las hizo posible, las dos escenas invitan a imaginarlas como una secuencia vertiginosa de una comedia de cine mudo, el retiro de las fichas en acelerada sucesión alterna —diurna y nocturna— donde un grupo entra a sacar las fichas de Marx y luego otro, con igual celeridad mete en bolsas las fichas de otros autores sospechados. Acaso ambas podrían estar ambientadas con la música de Benny Hill. En otro orden, incita a especular si estas operaciones estuvieron de algún modo conectadas o qué causalidad o prelación hubo entre una y otra. Es presumible que hayan sido coetáneas, aunque los protagonistas que atestiguaron por cada grupo ignoraban hasta hoy la existencia del otro *team* y su incursión por los ficheros. Son episodios extraños pero verosímiles. A fines de la década del setenta los libros fueron perseguidos en Uruguay. El

13. Alicia Fernández Labeque, profesora de Historia, integró el Departamento de Investigaciones del que fue Coordinadora entre 2010 y 2015. Entrevista realizada el 8 de octubre de 2020.

término «allanamiento» comprendía entonces la requisa de libros como práctica constante que sustituyó a la incautación de armas, ya inexistentes en los hogares en los que se irrumpía en aquellos años posteriores a la derrota de la lucha armada, un tiempo en que la represión iba dirigida contra integrantes de partidos ilegalizados, sindicalistas y disidentes varios. Cientos de testimonios abonan anécdotas que van del humor absurdo al drama y, en ese contexto, caben también estas historias algo fantásticas y folclóricas en el escenario de la Biblioteca Nacional.

Asilo de archivos

Los papeles personales también se volvieron vulnerables. Cualquier allanamiento amenazaba la supervivencia de un archivo. Los papeles de Francisco Espínola llegaron a refugiarse en la Biblioteca Nacional en bolsas parecidas a las que guardaron las fichas expurgadas.

En el año 1975, siendo yo director del Departamento de Investigaciones y Archivo Literario de la Biblioteca Nacional, recibí la visita de Dolly Baruch, viuda de Espínola, que me expresó su temor de que el archivo del escritor pudiera ser destruido. En efecto: su domicilio había recibido ya varias veces la no deseada visita de las fuerzas armadas. Le propuse que trasladara al Departamento a mi cargo el archivo del autor de *Raza ciega*, donde quedaría en custodia mientras ella así lo estimara conveniente. Así se hizo. Y ahí ha quedado hasta ahora.

Esta es la versión que dio Visca, en 1993, en una discreta nota al pie del último libro que publicó: *Paco Espínola y otros ensayos* (88). Debajo de la reticencia, convergen en su testimonio, la incertidumbre, el miedo y el riesgo que podía implicar el acto bastante inocente de recibir y preservar los papeles de un escritor en tiempos de persecución ideológica y de impunidad. En el declarado «Año de la Orientalidad» en que la viuda de Paco recurre a Visca para poner a salvo el archivo, hubo una arremetida contra el Partido Comunista con detención de dirigentes y militantes, la clausura de la Editorial Pueblos Unidos y la del Instituto Uruguayo-Soviético. Mercedes Espínola, hija del escritor, que había firmado la afiliación de su padre al Partido Comunista uruguayo en un acto público y memorable, era militante de las juventudes comunistas y andaba entonces clandestina y nómada por Montevideo y esa era la razón de los recurrentes allanamientos. El archivo del escritor fue preservado. Guardaba entre



sus papeles, los originales de *Don Juan, el zorro*, la mítica novela que Espínola tardó décadas en escribir y dejó inacabada a su muerte. En 1984, fue publicada por Arca con un extenso prólogo de Visca y la edición compartida entre éste y Wilfredo Penco que la reconstruyeron a partir de los originales. Penco recuerda que el archivo de Paco estuvo guardado en un armario aparte, sin identificación, protegido también por ese anonimato. De todos modos, se hizo un recibo a la viuda fechado en 1976. Podría decirse que, cuando ese mismo año se inició el sinuoso proceso para nombrarlo director, Visca tenía un muerto en el armario.

El archivo de Espínola no fue, sin embargo, el único refugiado en la biblioteca. La viuda de Julio E. Suárez, más conocido como Peloduro, caricaturista, pionero del humor gráfico y de la historieta en el Uruguay y comunista, también recurrió a Visca para salvaguardar el archivo del genial dibujante. En una de sus dos administraciones el director Alberto Musso, en razón de que lo solicitaron varias veces para hacer ediciones o exposiciones, mandó devolverlo. Está actualmente depositado en el Museo Blanes.



Investigadores e investigadores

Como director, Visca siguió haciéndose cargo del Departamento de Investigaciones que era una zona predilecta de su trabajo. En ese sentido comenta Wilfredo Penco que «en esos años, por la coincidencia de Visca en la dirección de las dos instituciones, la Biblioteca funcionó muchas veces en espejo con la Academia Nacional de Letras. Así por ejemplo fue por una gestión suya que consiguió a través de la Academia, financiación para las becas para jóvenes investigadores». Entre otros, entraron en el área literaria: Hortensia Campanella, Elisa Contreras, Uruguay Cortazzo, Milton Fornaro, Juan Justino Da Rosa, Napoleón Baccino y, de una generación mayor, el profesor y escritor Héctor Galmés, que operó como coordinador. También se incorporaron –a fines de 1978– cuatro investigadores en el área de Historia convocados para catalogar fotografías. Tres fueron recomendados por José Pedro Barrán, entre ellos Alicia Fernández (que testimonia aquí la historia de las fichas retiradas) y Gerardo Mendive, ambos estaban terminando el profesorado en el IPA y hacían su práctica docente con Barrán, y Oscar Jorge Villa; y uno más –Gabriel Gadea– que fue recomendado por Marfetán.

Acaso llame la atención la mención de Barrán en años en que las destituciones de profesores y funcionarios públicos alcanzaron cifras récord y se censuraba autores, libros, palabras. Hay que decir que también llamó entonces la atención a los organismos represivos. Su ejemplo puede resultar útil para intentar comprender la trama compleja de aquellos años.

En 1978, José Pedro Barrán y Benjamín Nahum publicaron el octavo y último tomo de la *Historia rural del Uruguay moderno*, culminación de una obra que causó impacto en la historiografía uruguaya. Fue también el año en que Barrán fue sumariado en Enseñanza Secundaria. Ese año escribió, además, una presentación para unas crónicas de la Revolución de 1904 rescatadas de *La tribuna popular* que se publicaron en la *Revista de la Biblioteca*. En un informe del ESMACO también de aquel 1978, que sirvió de base al sumario que acabaría apartándolo de la docencia, se denunciaba la presencia y la injerencia que tenían entonces los investigadores Barrán y Nahum en la Biblioteca Nacional:

Se ha tomado conocimiento que los citados profesores forman parte activa en la redacción y publicación de las revistas editadas por la Biblioteca Nacional. A tales efectos cuentan con un despacho privado destinado a los trabajos de investigación histórica.¹⁴

El texto lleva las marcas de la delación que floreció en el periodo y de la envidia que habitualmente la alienta, podríamos precisar que el supuesto despacho era un escritorio compartido que se destinó antes y después a investigadores que como Barrán y Nahum usaban su máquina de escribir y habían invertido años de biblioteca para culminar proyectos magnos como el de la reciente *Historia rural*. Y así, minimizando su presencia, hubiésemos respondido entonces; pero a distancia de los hechos se puede entender que, desde la perspectiva de una dictadura, el buen diálogo de las autoridades de la Biblioteca con estos historiadores no fuese bien visto. Las crónicas de la revolución publicadas en la revista habían sido escritas por Arturo P. Visca, padre del director de la biblioteca. Eran tiempos de andar con cuidado y el título que se dio a ese rescate, «Artículos sobre *la Guerra de 1904*» (la cursiva es mía), evitaba el uso de la palabra



14. Citado del Informe del ESMACO que curiosamente también informa conjuntamente a los dos historiadores. En Alicia Fernández Labeque: «Barrán profesor», Montevideo, Revista de la Biblioteca Nacional, p. 118.

«revolución».¹⁵ En la página de autoridades, después del Ministro, los nombres de Visca y Marfetán figuran emparejados en el armado y en la tipografía, lado a lado, como recordaba la subdirectora Batto que entraron a la Biblioteca. Esa pacífica convivencia no duró. Una de las anécdotas reiteradas de quienes trabajaban en la Biblioteca entonces, fue el episodio en que el Coronel Marfetán amenazó a Visca con un revólver; en algunas versiones le habría «apuntado a la cabeza». Todos «sabían» pero nadie había sido testigo presencial del hecho. Llegué a dudar si se trataba de una leyenda. El episodio ocurrió a puertas cerradas en el despacho del Director, Mabel Batto recuerda que la mandaron llamar porque de afuera se oían los gritos de una discusión. «Conozco el episodio de boca del propio Visca—llega salvador el testimonio de Wilfredo Penco— él me contó que en medio de esa discusión Marfetán se puso cada vez más violento hasta que sacó el revólver y lo amenazó y, en respuesta, Visca lo empujó para defenderse. Lo que no tengo muy claro es en qué fecha ocurre esto, pero habían pasado años ya de convivencia». Hay un documento, una carta a la que referiré más adelante donde Visca menciona el hecho como «una amenaza de muerte». El desenlace —concluye Batto— fue que «Visca llamó al Ministro Darracq y los dos salieron juntos rumbo al Ministerio. Marfetán ya no regresó a la biblioteca. Nombraron a otro militar, el Cnel. Rodríguez, pero era pacífico y después que él se fue, ya Visca quedó solo como director».

Formas de llegar, de quedarse y de irse

Si la Biblioteca fue refugio de archivos también lo fue, en alguna ocasión, de personas. En 1982 llegaron al Departamento de Investigaciones, dos profesoras, funcionarias del Museo Histórico Nacional, Elisa Silva y Susana Rodríguez, colaboradoras cercanas del historiador Juan E. Pivel Devoto que fue desplazado ese año de una institución que desde 1940 había sido su feudo. Pivel tenía un hijo preso por tupamaro y lo visitaba periódicamente en la cárcel de Libertad, pero al mismo tiempo había continuado dirigiendo el Museo. En la década del ochenta, que se inicia con el triunfo del «No» en el Plebiscito, su actividad política se incrementó, especialmente en 1982 cuando encabezó la lista de los sectores wilsonistas

15. «Artículos sobre la Guerra de 1904» por Arturo P. Visca. Presentación, por José Pedro Barran. *Revista de la Biblioteca Nacional*, n.º. 18, 1978, pp. 41-159.

del Partido Nacional en las elecciones internas. No es extraño que así como su enorme prestigio intelectual le había permitido sostener la dirección de un puesto público, ese protagonismo haya determinado el fin de la tolerancia castrense. Gerardo Caetano confirma y amplía esta deducción: «Pivel era de la teoría de que había que permanecer ocupando los cargos y lo asumía: “Soy quedativo”, decía, pero había nacido en 1910 y para quedarse necesitaba de un permiso especial porque había pasado los 70 años que es la edad límite según las leyes jubilatorias uruguayas. Lo obtuvo en 1980, pero en 1982, su creciente militancia política, ya que después de encabezar la lista ACF en las internas, pasó a presidir el Directorio del Partido Nacional, hizo que los militares tomaran distancia. El mecanismo que hallaron para sacarlo de en medio fue no renovar el permiso. En su último día de trabajo hubo una movida especial en el Museo, Sanguinetti y muchas figuras se acercaron a manifestarle su solidaridad y eso fue asumido como un acto de resistencia al régimen».¹⁶ Caetano enmarca estas decisiones dentro de una tradición histórica que admite dos bibliotecas. «Batlle —dice— confrontó con José Pedro Varela cuando fue parte del gobierno de Latorre. Tenía un odio tremendo hacia quienes habían ocupado cargos públicos en regímenes dictatoriales. Vásquez y Vega escribió varios trabajos sobre por qué no había que estar en un cargo público en una dictadura. En el Uruguay de la última dictadura, muchos no esperaron a ser declarados proscritos para renunciar a sus puestos. Pivel siguió en el Museo y siguió dando clases. Yo entré al IPA en el 77, y fui su alumno. Nosotros esperábamos que en algún momento él hiciese una declaración o diese alguna señal opositora, por otro lado, agradecíamos tenerlo de profesor. Pivel y Rogelio Britto fueron un oasis en el panorama desolador de aquellos años. Pivel no solo defendía su decisión de mantener su cargo en dictadura, sino que instaba a otros que no habían sido echados a que no renunciasen. Se lo decía, por ejemplo, a Kalemberg».

Ángel Kalemberg, crítico de arte y director del Museo Nacional de Artes Visuales compite con Pivel en su larga permanencia en la dirección de una institución estatal. Si Pivel, nombrado por Baldomir, dirigió el Museo Histórico entre 1940 y 1982, Kalemberg dirigió el MNAV entre 1969 y 2007, atravesando no solo todo el periodo dictatorial sino tres administraciones distintas durante la



16. Entrevista realizada el 7 de noviembre de 2020.

restauración democrática. Si dispusiéramos estos dos casos junto al de Visca, como el de intelectuales que desempeñaron su actividad en diálogo con el régimen sin compartir su ideología ni ejercer la censura, se notarían afinidades y diferencias. Caetano marca una distancia entre permanecer y ser nombrado y cree que, a la hora de juzgar actitudes, no se puede obviar la dureza de esos años en que tantos perdían todo: «Hugo Alfaro tuvo que salir a vender libros a domicilio para subsistir». Penco recuerda que Visca ya estaba como director de Departamento en la biblioteca y considera la condicionante de su pobreza extrema, «tenía necesidad de alcanzar alguna estabilidad».

Esa vulnerabilidad fue repetida en cada testimonio que procuré y también la modestia de los emolumentos que correspondían en Uruguay a posiciones de responsabilidad y prestigio. Directores de la Biblioteca Nacional «sin coche oficial en la puerta» como señaló Alicia Casas que trabajó con Visca en la Secretaría cuando fue director. Ni oficial ni propio, muchas veces los directores de la biblioteca fueron peatones austeros que vivían cerca y hacían su camino a pie. Penco recuerda haberlo visitado en ocasión de una intervención cardiológica en 1981 y encontrarlo: «en una sala común del Maciel cuando todavía era un hospital pobre y para pobres, en condiciones penosas y pensar que en ese momento era director de la Biblioteca Nacional y presidente de la Academia Nacional de Letras». Esa indigencia fue señalada por todos los entrevistados que coinciden en que la escasez del sueldo estuvo agravada por la necesidad de proveer por su familia y relacionan esa pobreza con algunas concesiones guiadas no por la avidez sino por la necesidad.

En 1981, la película *Mefisto* de István Szabó ganó el Oscar a mejor film extranjero y la historia de aquel actor que para salvarse transó con el nazismo se difundió ampliamente revelando su universalidad. En el Río de la Plata se la usó para juzgar casos de las dictaduras recientes.¹⁷ En 1985, la obra se estrenó en Montevideo en una versión del director brasileño Aderbal Junior quien al ser entrevistado destacaba una frase que en su ficción él ponía en boca del escritor

17. Originalmente una novela de Klaus Mann, *Mefisto* fue llevado al teatro por Ariane Mnouchkine.

Eduardo Galeano: «Nadie se hace héroe por irse, ni patriota por quedarse».¹⁸

No hubo aquí una intelectualidad, ni un escritor destacado que defendiera «la hora de la espada», y puedo recordarme diciendo a amigos argentinos que nosotros no teníamos una intelectualidad respetable que apoyase al régimen. Tal vez la figura de Borges impedía advertir otras formas de relacionamiento con la historia. Las tres figuras que ahora observo, respetadas en sus especialidades, no apoyaron a la dictadura, aunque ocuparon puestos en el gobierno. Sus destinos ulteriores fueron también distintos: Kalemberg permaneció sin accidentes y fue confirmado en el cargo por el presidente Sanguinetti y sostenido por las siguientes administraciones una blanca y otra colorada; Pível Devoto tuvo en los últimos años de dictadura un «castigo» que se reparó en democracia con su nombramiento como Presidente del Codicen y con su restitución a la Dirección del Museo Histórico, al que regresaron nuestras dos transitorias compañeras en el Departamento de Investigaciones. Visca, en cambio, no sobrevivió como director de la Biblioteca Nacional. Cuando en 1985, se confirmó su cese, lo escuché decir que Kalemberg le había comentado que el episodio del premio a Pereda Valdés había incidido decisivamente. Es muy difícil especular retrospectivamente, pero muchos testigos de entonces aseguran que el nombramiento del poeta Enrique Fierro estaba decidido desde hacía tiempo y que regresó del exilio para hacerse cargo de la Biblioteca Nacional. El caso Pereda Valdés pudo no ser el puntual impedimento para la continuidad de Visca, pero en el agitado clima de aquel tiempo, tuvo una enorme difusión. A pesar de las periódicas clausuras, cada semana se editaban en Montevideo más de una docena de publicaciones periódicas entre diarios y semanarios, la mayoría opositores al régimen. *Correo de los Viernes*, el semanario de Julio María Sanguinetti, inició la denuncia que se sostuvo durante dos meses.



Dar y negar: el errático premio a Pereda Valdés

Fue en el verano del 82 que estalló la tormenta, pero había empezado meses antes, el 6 de agosto de 1981, cuando el jurado a cargo del Premio Nacional de Literatura decidió otorgar la distinción al

18. Aderbal Freire Junior: «Dios y el diablo en la tierra de nadie» en <https://comedianacional.montevideo.gub.uy/node/579> consultado el 10.11.2020.

escritor Ildefonso Pereda Valdés, un histórico poeta del *faible* vanguardismo uruguayo, fundador en los veinte de la revista *Los nuevos* y responsable de una antología poética que devino célebre porque Borges colaboró con un «prólogo breve y discutidor», que de hecho fue como epílogo, en el que hizo un elogio desmedido a los poetas orientales del que luego se desdijo (Pereda Valdés 1927).¹⁹ Lejos de aquellos desafíos y travesuras, el escritor que debía recibir el premio había pasado los 80 de edad y era tal vez más conocido por sus pioneros ensayos sobre la negritud y sus poemas y cuentos dedicados a la raza negra. Visca fue quien propuso premiarlo. Pero los meses pasaron sin que el premio se efectivizara. El 22 de enero, *El Correo de los Viernes* denunciaba ese sospechoso silencio y ya desde el título preguntaba: «¿Qué pasa con el premio de literatura?». Era solo el inicio de una campaña que se extendió hasta fines de febrero en seis artículos empecinados en no dar tregua al régimen y que no llevaban firma pero se atribuyen –salvo uno que escribió Wilfredo Penco– a la pluma afilada de Mario César Fernández, un intelectual de la generación de Alberto Methol Ferré y Juan Fló que era jefe de Redacción del semanario y publicaba cada viernes una «Quinta columna» bajo el seudónimo de Blas González. Vino a sumarse a la discusión una propuesta de Wilson Craviotto, de filiación pachequista y miembro del Consejo de Estado, para darle a Ildefonso una pensión graciable, donde el premio fantasma se esgrimía como mérito. El 25 de enero el Poder Ejecutivo anuló el fallo alegando irregularidades en la convocatoria del jurado, pero la verdadera razón no tardó en saberse: Ildefonso Pereda Valdés había sido denunciado de forma anónima y acusado de comunista. Como prueba se exhumaron poemas de «Lucha», un libro flaco que cautamente no integró la bibliografía presentada en el Consejo de Estado al pedir la pensión.²⁰ El libro, una rareza bibliográfica, había sido consultado en la Sala Uruguay de la Biblioteca Nacional y quien lo hizo no tuvo empacho en dejar su nombre en la boleta. Visca pudo mostrársela a Wilfredo Penco cuando le contó lo ocurrido: el denunciante había sido el poeta Gastón Figueira, coetáneo de Pereda Valdés con quien compartía

19. *Antología de la moderna poesía uruguaya*, recopilación, prólogo y notas introductorias de Ildefonso Pereda Valdés, El Ateneo, Buenos Aires, 1927.

20. La solicitud de Craviotto fue publicada junto a la primera denuncia, «Un silencio llamado Ildefonso. ¿Qué pasa con el premio de literatura?», *El Correo de los viernes* n.º 44, 22.I.1982, pp. 18-19.

un manifiesto interés por la literatura brasileña. Apenas conocida la apelación, salió publicado en *El País* un suelto titulado «Iniciativa con bemoles» que usaba los poemas de *Lucha* para concluir en la inconveniencia de otorgarle a Pereda su pensión: «leído lo que antecede –argumentaba el anónimo– no parecía excesiva la idea de que no fuera el explotador estado burgués uruguayo, sino la proletaria democracia soviética, la que demostrara su gratitud y evidenciara su generosidad pensionaria». La respuesta de *El Correo de los Viernes* no se hizo esperar y la polémica enfrentó a los dos medios de prensa.

El 8 de febrero el jurado volvió a reunirse y sólo tres de los 16 miembros –Ángel Curotto, Luis Bausero y Eduardo Espina– mantuvieron su voto. Los otros votos se dividieron entre uno para Armonía Somers y nueve para Hyalmar Blixen, pero al no lograr nadie la mayoría requerida, el premio fue declarado desierto. Varios medios opositores se hicieron eco del caso: *Opinar*, *La Democracia*, *Búsqueda*, *Opción*, *La Semana de El Día*, donde Enrique Estrázulas escribió: «el Premio Nacional de Literatura no es literario. Las razones están fundamentadas en que existió discriminación previa para los posibles candidatos a ese ya desprestigiado galardón» y apunta que el vergonzante retiro de un reconocimiento «redobla ese desprestigio, ese divorcio no solamente con la literatura sino con la ética». En *Correo de los viernes*, una última nota firmada por José Pedro Díaz, aporta en el mismo sentido y encuadra el «caso Pereda Valdés» en una cultura donde no solo los políticos estaban «proscritos», sino una cantidad alarmante de escritores que no podían ser leídos en su país.²¹ Recuperada la democracia, Ildefonso Pereda Valdés fue rehabilitado, su premio reconocido y la pensión asignada. Pudo percibirla durante una década ya que murió longevo, en 1996.

En perspectiva, la discusión que levantó su caso puede parecer excesiva en su minucia, pero innegablemente retrata bien aquel momento de la transición uruguaya. El caso fue un comentario obligado en el ambiente cultural y hasta llegó a trascender fronteras. En Yale, Emir Rodríguez Monegal parece haberse inspirado para escribir el artículo que publicó ese año en la *Revista Iberoamericana*. En «El olvidado ultraísmo uruguayo» Monegal evoca en clave memorialista, con alguna malicia y bastante perspicacia, al Ildefonso que conoció en los treinta, y que era ya, a sus ojos, una reliquia de nuestra destañada vanguardia: «El ultraísmo uruguayo era cosa del pasado efímero



21. Díaz, José Pedro: «Premio desierto, páramo cultural». *Correo de los viernes* n.º. 49 p. 11.

y lo que yo tenía delante de mis ojos eran los restos de su naufragio». Como al pasar confiesa que no sabía entonces que «Ildefonso era simpatizante comunista» (Rodríguez Monegal 264).

Hoy resulta instructivo demorarse en los argumentos y las argucias de aquella polémica, en los protagonistas y en los actores de reparto, en la mezcla de emociones y en las estrategias desplegadas. Si se evidencia una festividad cuasi volteriana en propinar golpes de ironía al fosilizado régimen, hay también cautela y cuidado de no provocar consecuencias. La discusión se centró en la ancianidad del escritor y en presentar su «izquierdismo» como un pecado de juventud. «La historia del anciano peligroso» fue uno de los títulos de esta secuencia periodística con remedos de policial. En honor de exactitud, Ildefonso no había escrito sus versos rojos a los veinte sino a los 30 años. «Lucha» lleva como texto introductorio una pieza combativa que denuncia al capitalismo y al arte purista y, tal como acusaba *El País*, ensalza la construcción del socialismo soviético donde «las fábricas pertenecen a los obreros y las tierras son trabajadas colectivamente por los labriegos; la propiedad privada no existe [...] y la diferencia de clases va desapareciendo» (p. 7). Aunque da una explicación mundial de la crisis del capitalismo y del arte burgués, Pereda no deja de aludir al contexto local y critica explícitamente a sus artistas, especialmente a los pintores y al más descollante entre ellos: Joaquín Torres García. También hace un mea culpa de sus poemas pasados: reniega de *La guitarra de los negros* y asegura que, desde que se le cayó «la venda de los ojos» su poesía ha cambiado: «hoy veo la belleza del campo, y la miseria del campo». Rodrigo Viqueira, en un libro reciente e ineludible para la comprensión tanto de la negritud uruguaya como de Pereda Valdés, descubre la cercanía del poeta en los primeros años de la década del treinta con el grupo de intelectuales del Partido Comunista uruguayo y su participación en la Confederación de Trabajadores Intelectuales del Uruguay (CTIU) promovida por la llegada de David Alfaro Siqueiros que llegó al Río de la Plata acompañado de Blanca Luz Brum (115). En los escritos sobre la negritud de los años treinta, el discurso de Pereda Valdés se alinea con los que internacionalmente se oponían al ascenso del fascismo y del nazismo desde trincheras comunistas. Libros como *El negro rioplatense y otros ensayos* de 1937 y *Negros esclavos y negros libres. Esquema de una sociedad esclavista y aporte del negro en nuestra formación nacional* de 1941, muestran que estuvo en diálogo con comunistas estadounidenses y latinoamericanos. En la polémica, a

esa filiación se le bajó el perfil. Podría decirse que nadie hizo justicia a las definiciones políticas de aquel pasado, así como nadie tampoco mentó en artículos que lo proponían como una víctima, que Ildefonso era miembro de la Academia de Letras y tuvo que ausentarse cuando se votaba su premio y que estaba naturalmente dispuesto a aceptarlo. Wilfredo Penco, como testigo aventajado, recuerda haberlo visitado por esos días en su casa de la calle Buenos Aires y refiere que su esposa «estaba aterrada y temía que, con tanta publicidad y revuelo, apareciesen las Fuerzas Conjuntas a llevárselo preso». «Además, –tercia ante mis argumentos–, si es verdad que fue un compañero de viaje de los comunistas en los años treinta, después evolucionó. Al final de su vida estaba con la Democracia Cristiana». Y agrega: «es también cierto que Mario César Fernández profesaba un anticomunismo bastante agudo que lo llevaba a minimizar la adhesión comunista de Pereda, incluso creo recordar que para condenar a sus censores usó el término de «estalinismo de derecha».

En cuanto a Visca, tengo recuerdo de que en una conversación fugaz me comentó el préstamo de *Lucha* solicitado en Sala Uruguay, aunque no nombró al pecador. También dijo en referencia a Ildefonso: «sería inútil insistir con su nombre, se sabe que no van a darle el premio».



Sin gloria ni pena

«Desde el 19 de marzo no soy más Director General de la Biblioteca Nacional», así comunicaba Visca su cese en una carta personal. A continuación da su versión del obligado fin de su mandato:

Mi cese, como otros ceses, no se debe a motivaciones políticas sino, en verdad, a la necesidad de dejar vacíos donde ubicar a personas con las que había algún compromiso. O, quizás, también, como fue dicho en un libro famoso, al deseo de cambiar todo para que todo quede como estaba, pero dejando la sensación de que se había producido un cambio. Lo bueno ha sido que he recibido una enorme cantidad de expresiones de adhesión, provenientes de las más diversas filas políticas, incluyendo [sigue una línea y media tachada en el documento] representantes de la izquierda y del partido colorado gobernante (incluido un senador). El mismo presidente Sanguinetti, poco después de producido el cese, me invitó a la cena con que fue homenajeado Octavio Paz en ocasión de su viaje a Montevideo. Y el grupo invitado fue muy reducido: sólo quince. No dejó de mortificarme inicialmente el cese. Me pareció absurdo que tras haber sorteado todas las zancadillas cívico-militares –incluida una

amenaza de muerte— me destituyera el régimen democrático. Pero la vida, decía el vasco Unamuno, es un tejido de contradicciones. Y esta fue una de ellas.²²

Esta es la carta en la que Visca hace alusión al episodio de la amenaza del coronel interventor. Quien sustituyó a Visca fue, como se sabe, el poeta Enrique Fierro que regresó, junto a su esposa Ida Vitale, de una década de exilio en México donde hicieron amistad con Octavio Paz y se integraron al grupo de *Vuelta*, la emblemática revista fundada y dirigida por el poeta y ensayista mexicano. La visita de Paz a Montevideo fue una carta de triunfo para Sanguinetti y, después de años de estolidez castrense, representó un regreso a una tradición de políticos cercanos a la cultura. Por entonces Paz estaba a la vez en el punto más alto de su prestigio y de la polémica. A un lustro de recibir el premio Nobel, había protagonizado un giro ideológico que lo convirtió en un crítico implacable del sistema soviético y de la cercana Cuba, también del marxismo, ya desde la teoría y por extensión de las izquierdas latinoamericanas. Desde *El ogro filantrópico* en 1979, sus ensayos políticos ocuparon gran protagonismo en su obra. Paz era entonces el intelectual más destacado que renegó de la idea de revolución y pasó a identificarse con el liberalismo. Para gran parte de la izquierda latinoamericana se convirtió en un enemigo a combatir. El nuevo gobierno uruguayo se identificaba con la posición del visitante. Entre otras actividades, Octavio Paz hizo una lectura de sus poemas en la sala Vaz Ferreira de la Biblioteca Nacional donde fue presentado por su amigo Enrique Fierro. A la entrada hubo manifestaciones en contra de sus posturas políticas con participación de integrantes del gremio de la biblioteca.

La percepción de Visca respecto a su cese puede ser vista como candorosa, en ese contexto. Enrique Fierro, que en 1967 fue el autor de una *Antología de la poesía rebelde hispanoamericana*, era también, en coincidencia con Paz y al igual que Ida Vitale, ejemplo de una reconversión ideológica. El prestigio intelectual de la pareja se unía a esta evolución y daba a su nombramiento un peso simbólico

22. Copia de carta a Mirella Dicancro fechada el 25 de mayo de 1985. Col. Visca, Correspondencia. Archivo Literario, Biblioteca Nacional.

que fue una constante búsqueda de aquella primera presidencia de Sanguinetti.²³

La invitación a la selecta reunión con Paz que reivindica Visca tampoco estaba desprovista de significado. La nueva Ministra de Cultura Adela Reta lo convocó ese mismo año a que integrase una comisión junto a José Pedro Díaz y representantes del Ministerio para estudiar las bases de una nueva ley para los premios literarios. Esa invitación reconocía y aprovechaba la larga experiencia de Visca en la materia, a la vez que pudo significar un resarcimiento por las amarguras pasadas con el episodio de Pereda Valdés y por aisladas alusiones descalificadoras que recibió en tiempos de la restauración democrática. Recuérdese que Visca recibió en 1980 el Gran Premio Nacional de Literatura, «No sé si lo merezco –escribió a Hortensia Campanella– pero la responsabilidad de esa distinción no es mía»²⁴. Nadie ha dejado escrito que no lo mereciera, pero obtener ese premio para el «trienio 1976-1977» cuando muchos que lo hubiesen merecido estaban prohibidos o exiliados y, alguno preso, era una victoria pírrica. En 1985, ante una nueva edición del Gran Premio, se dio la peculiar situación de que un jurado designado por las autoridades de la democracia debió elegir en base a una selección hecha en el periodo de facto. Carlos Maggi que integró ese jurado contó que, para eludir a los candidatos oficialistas, encontraron una solución prevista por el reglamento, proponer un nuevo nombre. Así fue que premiaron a Juan Carlos Onetti. Visca había estado en la selección que fue así abortada y que tenía entre otras candidaturas la de Marosa di Giorgio. En un artículo de *Jaque* referido a estas discusiones, se publicó un recuadro con los nombres de los que habían obtenido el premio y, al lado del nombre de Visca, un signo de admiración señalaba el cuestionamiento.

Su situación volvía a ser anfibia y paradójica: había sido responsable por omisión del escándalo que impulsó la revisión del tema premios, pero integró luego la comisión creada para corregir el sistema de premiación estatal, es decir que pudo participar en la enmienda.

23. Sanguinetti participó el mismo día de su asunción, junto a otros jefes de Estado presentes en Montevideo, de la creación de la Fundación Ángel Rama, había intentado inútilmente persuadir a Juan Carlos Onetti de que regresase a Montevideo invitándolo a su asunción y habría de confiar la remodelación del Palacio Estévez, la Casa de Gobierno, al pintor Manuel Espínola Gómez, entre otros gestos que indican su voluntad de relacionamiento con la cultura y sus protagonistas.

24. Carta del 12 diciembre 1980, Colección A. S. Visca, Correspondencia.



A.S.V. asume como director de la Biblioteca Nacional, a su lado el interventor Cnel. Marfetán, entre el público su amigo Julio C. Da Rosa.

Iba a compartir la tarea codo a codo con José Pedro Díaz que, como vimos, también había intervenido en la polémica. El trabajo de esa comisión fue ingente, como prueba la voluminosa carpeta que guarda el archivo Visca de la Biblioteca, y la ley fue sancionada de acuerdo a ese informe.

La vida después

Visca continuó siendo el presidente de la Academia Nacional de letras y no fue condenado al ostracismo. Podría decirse que no fue muy castigado por su participación en un cargo de confianza durante la dictadura. Su correspondencia delata que no todo fueron rosas en su relación con las nuevas autoridades: se queja, en 1987, de que la Ministra Reta le quita a la Academia la elaboración de la *Revista Nacional* que Visca había reiniciado en 1985 y de que iban a desplazar a esa institución de su sede en el Taranco. Avatares que no deben quizá magnificarse y son comunes a quienes participan de la administración de la polis en todo tiempo. En la misma carta cuenta que recurrirá a otras financiaciones públicas y privadas para sacar su revista y que están buscando una locación digna. Visca tampoco fue castigado por la izquierda. Hubo intelectuales –recuerdo la opinión de Mario Benedetti– que condenaban su cargo en la dictadura pero que no parecen haberlo manifestado públicamente. Visca sostuvo un buen relacionamiento con muchas figuras de izquierda antes, durante y después de su gestión. Ya se mencionó su relacionamiento con Heber Raviolo y el grupo de Banda Oriental y la edición de el *Don Juan* de Espínola en ARCA en 1984 y también su colaboración en el *Diccionario de Literatura uruguaya* que editó ese mismo sello en 1987, donde realizó las fichas de Alberto Zum Felde y la de Ildelfonso Pereda Valdés. Vale recordar que Alberto –Beto– Oreggioni, que dirigió el diccionario y comandaba entonces la editorial, había sido fuertemente inducido a renunciar a su puesto en la Biblioteca Nacional cuando Visca era director y que, a pesar de eso, sostuvo una relación cordial y lo invitó a participar de esos proyectos. Alicia Casas, que trabajó cercanamente con Visca en la Secretaría General de la Biblioteca, recuerda una carta que le enviara desde el exilio Ángel Rama, donde decía que «el nombramiento de Visca era lo mejor que pudo haber ocurrido para la Biblioteca». Eso han repetido otros testigos que consulté. Es verdad que es humana costumbre evitar

los reproches a los muertos, pero la unanimidad de la aprobación reclamaba su registro.

Una de las figuras a las que Visca rindió mayor admiración y a la que reconoció como la más constante influencia en su vida fue José Ortega y Gasset. En 1980 confesaba que lo empezó a leer en su adolescencia y que había continuado releándolo toda su vida. En *Meditaciones sobre el Quijote* descubrió «el núcleo de su pensamiento filosófico» en su famosa frase: «yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella, no me salvo a mí mismo».²⁵ Dijo que en esa frase aprendió que su destino personal «estaba indestructiblemente ligado a mi circunstancia uruguaya». Se refería, primordialmente, a que desde entonces puso su trabajo intelectual al servicio de la cultura nacional, pero la frase orteguiana regresa para interpelar su destino como hombre. La circunstancia uruguaya que le tocó vivir a Visca fue una de las más duras y arduas en la historia del país. He tratado de escribir sobre «su caso» en relación a aquellas circunstancias, sin olvidar que otros las padecieron más duramente y otros las enfrentaron, ni que es posible que, si fueron menos arduas para la Biblioteca Nacional de lo que cabía esperar de una dictadura, fue en gran medida porque –como repiten tantos testimonios– quien la dirigió entonces fue él. Como un eco a las palabras de Ortega recuerdo las que escribió Tomás de Mattos: «las cosas pasan, sólo pasan. No están obligadas a pasar. Pueden pasar de mil modos, pero terminan pasando de un solo modo. El que decidimos entre todos». Hay tiempos difíciles que ponen a prueba a los hombres y tiempos que, por su complejidad y su infamia, ponen también a prueba nuestra manera de juzgar a sus protagonistas.

25. «Somos muy poca cosa y lo poco que somos se lo debemos a otros» Entrevista a A.S. Visca en *La Unión*, Minas, Año 104, n.º. 27.098, 14 de enero de 1981, p. 1. Colección Visca, Impresos, en Archivo Literario de la Biblioteca Nacional.

Bibliografía citada

- AAVV: *Nuevo diccionario de Literatura uruguaya*. Montevideo, Alberto Oreggioni y Editorial Banda Oriental, Director Alberto Oreggioni, 2001.
- Benedetti, Mario: «Arturo Sergio Visca y la contemplación activa», en *Literatura uruguaya siglo XX*, Montevideo, Arca, 1988, p. 241-242.
- Larre Borges, Ana Inés: «La biblioteca sin fronteras» en *La biblioteca vista por sus lectores, Revista de la Biblioteca Nacional*, Montevideo, n.º 11-12, 2016, pp. 16 y ss.
- Mañé Garzón, Fernando: «Pedro Visca» G S.M.U. pp. 78-79. Consultado 12.10.2020, https://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/articulo_13_visca.pdf
- Martínez, Virginia: *Tiempos de dictadura Hechos, voces, documentos. La represión y la resistencia día a día*, Montevideo, Banda Oriental, 2005.
- Pereda Valdés, Ildefonso: *Antología de la moderna poesía uruguaya*. Recopilación y notas introductorias de Ildefonso Pereda Valdés, «Prólogo breve y discutorio» de Jorge Luis Borges. Buenos Aires, El Ateneo, 1927.
- : *Lucha*, Poemas con un prólogo de su autor: «Examen de conciencia», s/f. circa 1935.
- : *El negro rioplatense y otros ensayos*, Montevideo, Claudio García, 1937.
- : *Negros esclavos y negros libres. Esquema de una sociedad esclavista y aporte del negro en nuestra formación nacional*, Montevideo, 1941.
- Real de Azúa, Carlos: *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, Montevideo, Departamento de publicaciones de la Universidad de la República, 1964.
- Rodríguez Monegal, Emir: «El olvidado ultraísmo uruguayo», *Revista Iberoamericana*, pp. 257-274 Vol. XLVIII, Núm. 118-119, Enero-Junio 1982, pp. 257-274. <https://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/3695>.
- Viqueira, Rodrigo: *Negrismo, vanguardia y folklore. Representación de los afrodescendientes en la obra de Ildefonso Pereda Valdés*, Montevideo, Rebeca Linke editoras, 2019.
- Visca, A. S.: *Un hombre y su mundo*, Montevideo, 1ra. edición. Asir, Montevideo, 1960. Reeditado por la Biblioteca Nacional, Montevideo, 1978.
- : *Antología del cuento uruguayo contemporáneo*, *Letras Nacionales, Universidad de la República, Montevideo, 1962*. Reeditado en 1968 y 1976.
- : *Conversando con Zum Felde*, Montevideo, Departamento de Investigaciones, Biblioteca Nacional, 1969.
- : *Aspectos de la narrativa criollista*, Montevideo, Biblioteca Nacional, 1972.
- : *La mirada crítica y otros ensayos*, Montevideo, Academia Nacional de Letras, 1979.
- : *Paco Espínola y otros ensayos*, Montevideo, Ediciones de La plaza, Colección Testimonios, 1993.